

## PERSONAJES.

---

MENCIA.  
GERTRÚDIS.  
DON GONZALO DE CARVAJAL.  
IÑIGO.  
DON JUAN DE BENAVIDES.  
JIMENO.  
ALGUACILES.

(La acción pasa en México, en el año de 1578  
época de Felipe II.)

---

Este drama se representó por primera vez en México, en el Teatro Arbu, la noche del 22 de Diciembre de 1878.



## ACTO PRIMERO

---

Sala en casa de Don Gonzalo de Carvajal. Puerta al fondo. A la derecha del actor un balcon practicable, en segundo término; en primero, una puerta. A la izquierda, en primer término, puerta de la habitacion de Mencía; en segundo, otra de la de Don Gonzalo. Muebles de la época. Varios retratos de familia, colgados de las paredes. Sobre la puerta del fondo el escudo de los Carvajales.

### ESCENA PRIMERA.

JIMENO e IÑIGO.

JIMENO.

A fe que estoy de veros sorprendido,  
Don Iñigo.

IÑIGO.

¿Y por qué?

JIMENO.

¡Pregunta rara!

¡Ay! que si no viera, lo dudara!  
Crece, señor, el fresno, y corpulento  
Extiende en el espacio su ramaje,  
Y es orgullo del viento

Su espléndido follaje.  
Sacude cada invierno la ancha copa,  
Marchita su verdura;  
Y el soplo aleve de los nortes fríos  
Le arrebató su pompa y hermosura.  
Mas vístelo, despues, la primavera  
Con sus renuevos mil, y en verde manto  
Su desnudez envuelve pasajera,  
Y de tan raro encanto  
Nadie se admira, nadie, y ven las gentes  
La eterna sucesion indiferentes. . . . .  
Y es justo, y es muy justo.  
Pero aquél, que cual yo, partió muy léjos  
Y deja, al irse, el delicado arbusto  
Vástago tierno.. y vuelve.. y ya contempla,  
Como os contemplo yo, fuerte y robusto,  
El tronco endeble que en cercano día,  
Al suelo apenas arraigado había. . . . .  
—Si de mí os acordais. . . . .?

IÑIGO.

Mi buen Jimeno . . . .

JIMENO.

¿Y cómo no acordaros? . . . Si yo abría,  
Señor, vuestra ventana,  
Para que el vivo sol de la mañana  
Robara á vuestro sueño su tesoro,  
Y con llave de oro  
Los juveniles párpados abriera.  
Pues, por mi alma, Don Iñigo, que fuera  
Raro que os olvidáseis de quien siempre

A la misa os llevaba  
Los días festivos, y los no festivos;  
Que para buen cristiano os enseñaba.  
Por mi vida, Don Iñigo, pues ¿cómo  
No acordaros de mí, cuando en el lomo  
Del troton andaluz os cabalgaba?  
Aquel troton de mi señor. . . . .

IÑIGO.

Me acuerdo.

JIMENO.

¿Y cómo no acordaros, si yo ufano  
Os puse el duro látigo en la mano,  
Cuando de vuestro brío en el exceso  
Apénas de las riendas  
Pudisteis, niño, soportar el peso!  
¡Pues digo que hay para acordarse, y digo  
Que me duele en el alma que pasara  
El tiempo aquel, de mi placer testigo!

IÑIGO.

Y dime.

JIMENO.

¿Qué quereis?

IÑIGO.

Jimeno, amigo,

Es sólo una pregunta.

JIMENO.

Hacedla luégo.

IÑIGO.

Curiosidad tal vez. . . . .

JIMENO.

Pues sed curioso.

IÑIGO.

Sin vacilar te ruègo  
Que no me ocultes nada, y cariñoso  
Contestes mi pregunta. Desde anoche  
Hacértela quería,  
Anoche que llegaste..... y yo ignoro  
Por qué no me atrevía.....

JIMENO.

Si con tanto misterio  
Preparais la pregunta... y es tan serio  
El tal asunto..... entónces.....

IÑIGO.

No hay entónces  
Que valga, has prometido....

JIMENO.

Buena es esa.

IÑIGO.

Y cumplirás, Jimeno, tu promesa.

JIMENO.

¿Que he prometido?

IÑIGO.

Sí, lo prometiste.

JIMENO.

Mas es raro capricho.

IÑIGO.

Pues «sed curioso,»... «preguntad,» dijiste  
Niégalo ya, Jimeno, ¿no lo has dicho?

JIMENO.

Sí, lo dije, es verdad.

IÑIGO.

Lo que se ofrece,

Se cumple.

JIMENO.

Me parece.....

IÑIGO.

Eso me has enseñado.

JIMENO.

No lo niego.

IÑIGO.

Pues entónces.....

JIMENO.

Hablad, decidlo luego.

IÑIGO.

Cuando era yo pequeño,  
¡Ay! lo recuerdo cual si fuese un sueño,  
En brazos de la madre de Gertrúdis,  
De tu hermana,—que goce eterna gloria,—  
Despertó mi memoria.  
Fué el sér primero á quien primero viera,  
O al ménos lo imagino.

JIMENO.

Es verdad, es verdad. (*Aparte.*) En mal camino  
Me colcca el mancebo. (*Alto.*) Si pudiera....

IÑIGO.

Despues á tí te conocí, Jimeno,  
A tí tan generoso, á tí tan bueno.  
Eras, como quien dice, el ayo mío.  
Despues mis ojos se fijaron....

JIMENO.

(*Aparte.*) ¿Dónde  
Irá á parar?

IÑIGO.

En el semblante frío,  
En el rostro sombrío  
De Don Gonzalo Carvajal, del dueño  
De esta morada, del señor alcalde  
De casa y corte, del . . . en fin, del amo.

JIMENO.

Del amo, sí, que con el alma os quiere;  
Que tanto os ha querido y os prefiere  
A todos como un padre.

*(Con marcada intención.)*

IÑIGO.

Eso, eso . . .

Has tocado en la herida . . . . .  
El me ama con exceso  
Cual si mi padre fuera, y ¡por mi vida!  
El no es mi padre, ¿es cierto?

JIMENO.

Lo confieso.

IÑIGO.

Yo sé que desde niño,  
Ha puesto en mí su singular cariño;  
Que entre dos corazones, por un lado  
El suyo, nunca para el bien cansado;  
Por el otro, Jimeno, el de Mencía,  
De su hija, bella cual la luz del día,  
Late mi corazón, y su latido  
Responde agradecido  
Al doble palpitar, cual si tuviera  
Doble existencia, cual si yo viviera  
Dos veces una vida

Sin términos, Jimeno, sin medida.  
Pero eso ya lo sé . . . no es lo que ansiaba  
En mi anhelar profundo  
Preguntar.

JIMENO.

¿Y qué es?

IÑIGO.

Es otra cosa.

Quiero saber en qué rincón del mundo,  
En qué oculta morada misteriosa,  
Habitarán, Jimeno,  
Aquella que en su seno  
Vida me dió, y aquél cuyo albedrío,  
Trazó la senda del destino mío.  
¿En dónde están mis padres?

JIMENO.

¡Ah! lo ignoro.

IÑIGO.

¡Jimeno!

JIMENO.

No lo sé; mas lo deploro.

IÑIGO.

Tiembla tu labio y mi amargura insultas  
¡Tú sabes la verdad y me la ocultas!

JIMENO.

¡Si yo no sé mentir!

IÑIGO.

Pues hoy no mientas.

¡Ay! si engañarme intentas!

—Perdóname, perdona si te obligo.

Sé que tanto me quieres.

JIMENO.

Cuando digo  
Que yo no sé mentir. Si os quiero mucho.

IÑIGO.

Pues habla: ya te escucho.

*(Pausa ligerísima.)*

JIMENO.

¿Os acordais, por ventura,  
Que cuando niño, os llevaba  
Al camposanto? Allí estaba  
Una blanca sepultura  
Al pie de una negra cruz,  
No léjos de un arroyuelo  
Donde reflejaba el cielo  
Del sol la postrera luz.

IÑIGO.

Sigue, Jimeno.

JIMENO.

Yo os daba

Rosas del campo aromosas,  
Y miéntas las blancas rosas  
Vuestra mano deshojaba,  
Sobre la tumba sombría,  
Por dos séres desdichados  
En aquel sitio enterrados,  
Amargo llanto vertía.  
Vos sonreíais en calma  
Miéntas lloraba . . . . . ¡qué saben  
Los pobres niños si caben  
Las lágrimas en el alma!

IÑIGO.

Sí, Jimeno, yo me acuerdo,  
Y todavía, en tu ausencia,  
Cuando la amarga existencia  
La dulce esperanza pierdo,  
Cuando el dolor me anonada  
Tras espantoso dudar,  
Aun voy consuelo á buscar  
Junto aquella tumba helada,  
Cerca de aquellos despojos,  
Sobre aquella tierra fría,  
Donde cayeron un día  
Las lágrimas de tus ojos:  
Donde tras duelo tirano  
Viste caer aromosas  
Aquellas pálidas rosas  
Que deshojaba mi mano.

JIMENO.

Pues bien, vuestros padres . . . . .

IÑIGO.

¡Sí!

¡Eran los séres aquellos!

JIMENO.

Eran ellos . . . ¡Pobres de ellos  
Que no os miraron así!

IÑIGO.

¡Oh! gracias . . . gracias . . . jamás  
Olvidaré que eres bueno . . . . .  
Otra pregunta, Jimeno,  
¡Otra pregunta y no más!  
¿Mi padre era noble?

JIMENO.

No.

IÑIGO.

¿Hidalgo?

JIMENO.

No, no lo era.

IÑIGO.

¿No era ni hidalgo siquiera?

JIMENO.

¡Si no miento nunca yo!

IÑIGO.

¡Ah! ¡basta . . . basta! . . . Te ruego

Que solo me dejes ya:

Vete . . . . . vete . . . . .

JIMENO.

¿Qué tendrá?

Lo sabré . . . lo sabré luego. (Váse.)

ESCENA II.

IÑIGO, solo.

¿Por qué siento ¡oh Dios! aquí  
Tan espantosa agonía?

¡Nunca en mi angustia te ví,

Hermosa esperanza mía,

Como hoy tan léjos de mí!

Nunca me heriste tan rudo,

Dolor, amargo dolor,

Que era su imágen mi escudo,

Y hoy no la tengo . . . ¿quién pudo

Borrar tu imágen ¡oh amor? . . . . .

¡Borrarla! ¿Y no he de sentir

Aquel placer sin medida

Que era mi dulce existir

El ensueño de una vida

Sañada en el porvenir? . . . . .

Concebirte, acariciarte,

Todas las noches soñarte,

Sentir el roce en mi frente

De tu cabello luciente

Y entre la sombra abrazarte . . . . . !

Sentir tu abrasado aliento . . .

Escuchar como un lamento

Melancólico y sonoro,

El eco de un «yo te adoro»,

En mi mismo pensamiento . . .

Y luego como encantada

Nota entre la sombra oscura

La leve fruición alada

De una blanca vestidura

Por los aires agitada.

Y eras tú, que de mi lado

Te alejabas, alma mía,

Después de haberte soñado . . . . .

¡Fantasma de mi pasado,

Imágen de mi Mencia!

Eras tú . . . aun la violencia

De mi cariño te nombra;

Fanal, cuya transparencia

Envuelve en su negra sombra

La noche de mi existencial

¡Ella!

ESCENA III.

IÑIGO, MENCIA y GERTRUDIS.

MENCIA.

(A Gertrúdis.)

Pues ya lo ves. . . . A Iñigo miro,  
Pero á mi padre no. . . . Yo no quería  
Salir de mi retiro,  
Iñigo, buenas noches.

IÑIGO.

Buenas noches

El cielo os dé, Mencía.

MENCIA.

(A Gertrúdis.)

Otra vez no me obligues, te lo advierto.  
—Aun no suenan las ánimas, ¿es cierto?

IÑIGO.

¡Aun no!

MENCIA.

Te lo decía,

Y con razon, Gertrúdis, te he reñido.

GERTRÚDIS.

Con razon os reñía,  
Con razon á reñiros me he atrevido,  
Puesto que. . . . .

MENCIA.

Baste ya, no se hable de eso:

Mi padre se despide de nosotros  
Para salir á su nocturna ronda  
Despues del toque de ánimas.

GERTRÚDIS.

Es cierto,

¿Mas dejaros debía  
Sola en vuestro aposento acongojada?  
¡No, tal, Doña Mencía!  
—Vos lo ignoráis, Don Iñigo, encerrada  
Se pasa mi señora  
En lóbrego rincon, hora tras hora,  
El tiempo, suspirando. . . . .  
Miradle bien los ojos, ella niega  
Que á cruel dolor se entrega.  
Negarlo no podrá, cosa es sencilla,  
Puesto que el llanto escalda su mejila,  
Y claro se ve en ella  
Que han dejado las lágrimas su huella. . . . .

IÑIGO.

Pues es verdad, Mencía, habeis llorado,  
No es la primera vez que lo he notado.

GERTRÚDIS.

¿La primera? ¡Ojalá! . . . ¡Ojalá fuera  
Esta la vez primera!  
Esas melancolías, señor Iñigo,  
Sus largos retraimientos,  
Su eterno sollozar y sus lamentos,  
De ahora no son, pues no, y estoy cansada  
De presenciar su pena, atribulada  
De dolor y amargura.  
Y á verla no me avengo,  
Pues ya de tan eterna desventura  
El pobre corazon partido tengo.  
¡Ea! . . . me voy. . . . chisporroteando oía  
La lámpara al salir, y temería  
Que se apagase. . . no. . . no ha de quedarse

(Santiguándose con cierto candor.)  
La Virgen sin su luz.... ¡Que Dios nos valga!  
Ya vuelvo, vuelvo en breve.  
Aquí esperad á que el alcalde salga.  
No lloreis, no lloreis, tardar no debe,  
Que abajo esperan ya los alguaciles.  
—¡Por qué hemos de llorar con quince abriles?  
(Se vá.)

ESCENA IV.

IÑIGO y MENCIA.

IÑIGO.

Llorais, os retraeis, ¿sufrís, Mencia,  
Un oculto dolor?..... ya le conozco.  
¡Ay!.... ¡Ojalá que no le conociera!  
Yo sé de dónde parte ese suspiro  
Que del pecho se exhala, como el eco  
De moribunda queja de agonía.  
Ignoro yo qué seno empedernido  
Se niega á recogerlo..... ¡desdichado!  
Yo os he visto crecer, ¡crecimos juntos!  
Y érais vos tan alegre..... En ese rostro  
Reverberaba el sol de la ventura.  
¿En dónde está el carmin de vuestros labios?  
¿En dónde están las rosas  
Que tiñeron ayer vuestra mejilla?

MENCIA.

¡Ay, Iñigo! dejadme.  
Qué os importa mi pena, qué os importa  
Mi desventura á vos?.... Yo nada tengo.

IÑIGO.

Acaso en mis paseos solitarios,  
Entre las hojas de la verde yerba  
Que crece en las orillas del camino,  
A la postrera luz del sol que muere  
En su trono de púrpura, he mirado  
Escondida la tímida violeta,  
La he visto coronada del rocío  
Que la bañó al abrirse en la mañana,  
He adivinado su perfume grato,  
Anhelandó aspirar aquel perfume.  
Casi á tocarla con mi mano trémula  
Llegaba ansioso de placer sediento;  
Mas conteniendo el temerario impulso,  
Jamás mi mano se atrevió á tocarla.  
Y allí quedaba entre las verdes hojas  
Bella y gentil en su escondida gruta.  
Guarde la flor modesta y peregrina  
El misterioso encanto que rodea  
Su existencia purísima; no quiero  
Que me diga su amor, ni que me cuente  
Cuál aura pasajera,  
Cuál céfiro galano  
Se embriaga con su esencia y se extasía.  
No quiero que esos labios me descubran  
Por qué el sollozo del dolor les quema;  
No quiero que esos ojos me revelen  
Por qué brotan las lágrimas en ellos;  
Por qué de noche entre la sombra brillan  
Como brillan de noche las estrellas,  
Y huye de ellos el sueño, como huye